



hala su fin probada. En nuestro siglo, además del período Alessandri-Ibáñez co- mentado, el desaparecimiento de un en- fermo Jefe del Estado —Aguirre Cerda— y el consiguiente paso a un período con- solidado de lo avanzado, impidió, tal vez, un tercer agotamiento del Ejecutivo. Y un cuarto —Frei— también un período de an- gustia y enfrentamiento aunque más or- denado que el de ahora, estuvo a punto de terminar violentamente.

Sacudida por una crisis constitucio- nal que tiende a crecer y por una crisis económica incontrolable, la actual etapa se agota, a su vez, en medio de la descon- fianza en la ley de los principales parti- dos gobernantes. Sobre todo cuando ceden su influencia a los aventureros "ultras", nacionales y extranjeros, que cercan al Presidente, y que parecen haber termina- do por imponer sus valores y su análisis del proceso chileno, como se comprueba en gran parte del planteamiento de fondo del último Mensaje leído ante el Congreso.

Es cierto, como se estima por muchos, que los sectores que respaldan al Gobier- no tienen hoy una consistencia ideológica y concreta más fuerte y sólida que en an- teriores oportunidades. Pero esto también es válido para los sectores de oposición, especialmente después de los cambios de directivas que se han producido dentro de ella y que la han puesto más homogénea y simplificada en sus juicios y actos. Co- mo la situación equivale a mantener el tantas veces repetido empate político de nuestra historia, hay alguna probabilidad que la situación de angustia e incertidum- bre se prolongue, al costo de mantener al país detenido y sangrante, peligrando in- ternacionalmente, hasta el momento en que se inicie el proceso electoral en que concluye todo período presidencial. Este último aspecto, más que otros anteceden- tes frecuentemente sobrevalorizados, fue el verdadero detonante de la crisis balma- cedista, y fue significativo en la del año 24. Puede serlo ahora, con más anticipa- ción.

El posible enfrentamiento, próximo e lejano, que potencialmente existe en el desarrollo del actual período de "angustia e incertidumbre", puede y debe ser evita- do. Su estallido comprometería al país por decenios y daría origen, como todos los enfrentamientos ideológicos de nuestro tiempo, a hechos internacionales de gra- vedad eventualmente dramática. Un en- frentamiento en Chile sería de tan influ- yentes consecuencias para toda América Latina por nuestra situación geopolítica, y nuestra importancia política que, sin du- da, impulsaría acontecimientos más com- plexos aún que los de Vietnam o Cuba.

Es una necesidad patriótica procurar que el actual proceso no termine en en- frentamiento. Por el contrario, la realidad misma obliga a que a la actual etapa, en vez de un enfrentamiento, siga un enten- dimiento.

Tal evolución, en un país democrático con fuerzas políticas extraordinariamente fuertes como en Chile, no es imposible e implica encontrar un consenso mínimo para consolidar y avanzar dentro de la ley. Sin que nada vuelva a ser un acto que nada quede en el aire.

Implica aceptar la realidad tal cual es, especialmente con su pluralismo ideológi- co, que inevitablemente se expresará al abordar problemas concretos, en cuya so- lución debe primar la eficiencia sobre la ideología.

Implica reconocer la necesidad de reunir, para poder avanzar, a los tres fac- tores de decisión que hoy existen en Chile: partidos de Gobierno, partidos de Oposición y Fuerzas Armadas.

Implica recurrir a la ley para dar es- tabilidad a las nuevas estructuras sociales y económicas, realizando, antes de la gue- rra, el esfuerzo patriótico, popular y co- lectivo que otros países han hecho en la postguerra.

El Presidente de la República está en condiciones de enfrentar la grave crisis en pleno desarrollo, cortando el nudo de ex- tremistas e irrealistas que lo amarra, e iniciar el diálogo, y provocar una gran etapa creadora, cuando aún es tiempo. La magnitud de los cambios realizados es lo suficientemente importante como para correr el riesgo de que no se proyecten hacia el futuro. Su contacto con las Fuer- zas Armadas y el de éstas con la opinión pública, puede utilizarse para que se pre- sione y se provoque el encuentro.

En un momento dado, De Gaulle de- bló elegir entre un gastado programa al- gerino y Francia. Eligió Francia.

En otra culminación de la historia, Stalin entre el tiempo y la inconsecuencia, pareció inconsecuente. Salvó a la Unión Soviética.

En nuestra pequeña, pero importante dimensión, las circunstancias exigen aho- ra estadistas más que ideólogos. Está de por medio el porvenir de Chile.

IGNACIO PALMA VICUÑA

- (1) F. Pinto. Crónicas del Siglo XX.
- (2) L. Valencia. Anales de la República.
- (3) S.P. Huntington. Sociedades en cam- bio.

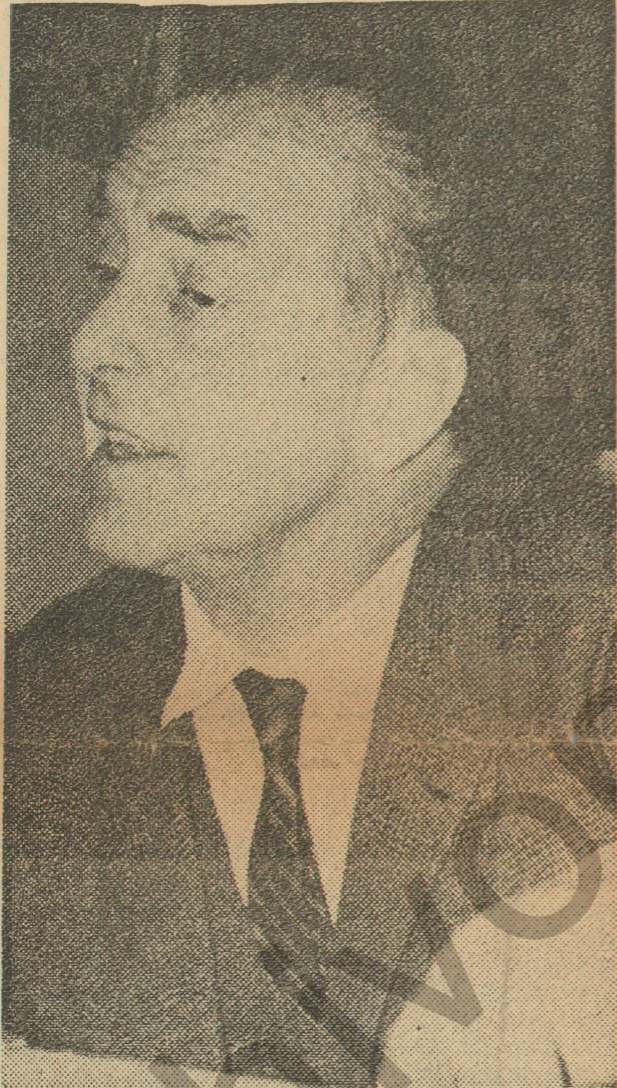


ENTENDIMIENTO

O

ENFRENTAMIENTO

Por IGNACIO PALMA



la democracia, y hasta está a la vista una nunca antes conocida dependencia exte- rna, incluso de nuestros más próximos y subdesarrollados vecinos.

Esta situación no se origina, clerta- mente, en el costo necesario de la existen- cia de un "gobierno del pueblo", pues ya ésta crisis se explotó, con mejores resul- tados, desde O'Higgins a Aguirre Cerda. Ni siquiera en la pretensión "revolucio- naria" sobre la que tanto se insiste cuando se interviene la economía con una magnífica ineficiencia. Todos los que sólo tiene en este país más de treinta años han vivido otros procesos "revoluciona- rios" con distinto apellido y más eficaces. Refiriéndose a nosotros, el romántico De- bray ha dicho recientemente que una re- solución democrática sólo es importante (tal vez eficiente) en Europa, y los miris- tas no se cansan de proclamar el actual proceso como un reformismo sin destino, cuando cualquiera puede apreciar el apo- yo al nacionalismo económico y la mag- nitud del traspaso de poder a sectores an- tes postergados, que se ha acelerado en esta etapa, y que constituyen uno de los hechos positivos que habrá que defender en el futuro.

El inconformismo que se expresa hoy en todos los sectores, ya que no hay nin- guno que defienda decididamente la cali- dad del proceso, y los resultados negativos que se comprueban donde antes hubo es- peranzas, deben obedecer a factores nuevos en nuestra realidad, en nuestro modo de pensar y hasta en nuestra idiosincrasia.

Uno de estos factores extraños, sino el más importante, es, sin duda, la excesiva influencia que el nuevo centro imperial —Mosú—, surgido luego de la segunda guerra mundial, ejerce sobre el pensa- miento, la visión del mundo y hasta sobre los criterios económicos de los que hoy manejan el Ejecutivo. Y que de manera tan golpeante se ha expresado en los viajes a Canossa de tantos personajes del régimen, reiteradamente autoproclamados antiim- perialistas, actitud en la que están compro- metiendo hasta a las instituciones naciona- les más independientes de la política. Chile, con ciento sesenta años de vida de- mocrática y creciente práctica de la liber- tad, nada tiene que ver con el desarrollo de los países socialistas de Europa —y tam- poco de la Europa Central—, históricamen- te acostumbrados al absolutismo e, incluso, a la sujeción y predominio de potencias extranjeras, exceptuando tal vez, para al-

gunos de ellos, el breve período de entre- guerras. Y con una realidad económica de segunda clase comparada con los centros dinámicos de la economía, a los que acudó el mundo. También es difícil concebir para Chile un desarrollo como el de Cuba, país que siempre ha tenido dueño —aunque el de ahora sea esclarecido—, que vive amara- rrada por una larga cadena de barcos pe- troleros que le extiende y sostiene en el otro extremo su único proveedor.

Además resulta extraña y casi incon- cebible la conducción anárquica de la eco- nomía que termina anulando las ideas de cualquier tesis o las líneas de cualquier plan, repercutiendo en tantos y tan varia- dos aspectos de la vida nacional. Es imposi- ble pensar que no entrará en quiebra con todas sus consecuencias —y aquí hay que nombrar al fascismo—, una economía co- mo la chilena, si en ella se repiten las mis- mas características que en los años 20 lle- varon al caos a la economía alemana, en- tonces mucho más fuerte que la de noso- tros ahora. La modernización es un cam- bio socio-económico que no puede sacrifi- car la eficiencia a la incorporación de las grandes masas al progreso, como era la idea de Trotsky hace medio siglo, antes que surgiera la ciencia económica moder- na (3). Mucho menos es posible esta falta de eficiencia en los cambios profundos si estos cambios se hacen en un ambiente de libertad, porque entonces la ineficiencia es conocida, y destacada ante el pueblo la falta de progreso efectivo. Si este progre- so no se da realmente, las masas abando- nan a los líderes del cambio que no son capaces de atender a sus estimuladas es- perativas, especialmente cuando las gol- pea, como en nuestro caso, una inflación desenfrenada, porque, la inflación produce efectos que son independientes de la ideo- logía política que la provoca. No en vano la Unión Soviética ha revalorizado y no desvalorizado su moneda, y los Estados Unidos viven hoy una dura crisis como resultado de una modesta inflación. Y se trata de las dos más grandes potencias del mundo contemporáneo. Ni siquiera una dictadura es capaz de resistir indefinida- mente a los efectos de cesantía real o dis- mimulada y perspectivas de empuje de hambre.

En estas condiciones, aunque el cua- dro sea cada vez más dramático y los re- ventones de anarquía aumenten de mane- ra acelerada, en Chile, en junio de 1973, la actual etapa de "angustia e incertidum- bre" puede llevar a un enfrentamiento, pe- ro no a una dictadura. Menos aún a una dictadura de Allende que él no desea, pero que sabe, además, que no está en condi- ciones de hacerla ni con quien sostenerla. En el cuadro político y económico nacional e internacional del país —más débil hoy que nunca en nuestra historia, y probable- mente gravísimo cuando despierte Cámpora— tampoco es dable creer que el go- bierno gane una "guerra civil" para impo- ner una dictadura marxista en esta parte del continente. Para cualquier chileno que piensa resultan así bravuconadas sin des- tino las de algunos políticos que hablan y amenazan muy "enérgicamente", supedi- tados, es claro, a la "lealtad de las Fuer- zas Armadas" al gobierno, mientras otros de sus colegas saben que su "no a la gue- rra civil" pasa precisamente por la "acti- tud independiente y profesional de las Fuerzas Armadas" no comprometidas, y leales sólo a la ley.

Lo cierto es que si la actual etapa de angustia e incertidumbre no se traduce en un entendimiento, en vez de un en- frentamiento, llegará un instante en que los continuos hechos de anarquía local tendrán que ser reprimidos por una sim- ple razón de supervivencia, y los constan- tes recursos a la "disciplina institucio- nal" se agotarán y el sistema republicano tomará un rumbo desconocido.

Algunos creen, sin embargo, que vivir en la angustia e incertidumbre será la condición irrenunciable y trágica de los años que se sucederán hasta 1976, con un país detenido, pero con una democracia capaz de resistir. La historia conocida no confirma ni niega esta esperanza. Pero se-

En el país existe hoy un clima político que se parece mucho a los que se vivieron al término del primer gobierno de Arturo Alessandri y antes de la caída del primer gobierno de Ibáñez. La principal diferencia está en que hoy parecen sumarse los factores que produjeron las dos crisis.

Los primeros gobiernos de ambos pre- sidentes constituyen histórica y dialéctica- mente un solo período. Se inicia el 23 de diciembre de 1920, cuando Alessandri asu- me la presidencia, después de haberse proclamado como "una amenaza para los espíritus reaccionarios, para los que resis- ten toda reforma justa y necesaria y que son los verdaderos propagandistas del des- concuerdo y del trastorno... permanecien- do ciegos, sordos y mudos ante la evolu- ción del momento histórico presente" (1). Se desarrolla en medio de un constante enfrentamiento de poderes, se traduce en significativos cambios sociales y económi- cos, que pensaron e impusieron ambos go- biernos de manera casi continua, y en una presencia y participación creciente de la clase media. Luego de variados acontecim-ientos conocidos, termina con la caída del Presidente Ibáñez —que aplicara el ter- mocauterio arriba y abajo—, en medio de una gravísima crisis económica originada en razones nacionales e internacionales, el 26 de julio de 1931.

Como en esa época la vida transcu- rra más lenta —la radiotelefonía y los caminos pruvimentados recién se inicia- ban —la población no alcanzaba a la mi- tad de la actual, y las organizaciones gremi-ales eran escasas, los combatidos cam- bios de la época, como todos los cambios sociales, dieron origen a una etapa de "angustia e incertidumbre" —tomando la expresión de Toynbee—, de largo desarro- llo. Duró doce movidos y difíciles años, incluyendo el tan incierto que siguió a la caída de Ibáñez, con la primera república socialista.

Alessandri debió renunciar después de una pugna con el Congreso que originó cuarenta crisis o cambios ministeriales, virtualmente una al mes. Ibáñez, a pesar de tener un Congreso "designado" y ser conocido como un hombre "fuerte", afro- ntó treinta y seis crisis y cambios de mi- nisterios y ministros, sin considerar las numerosas suplencias, en los cuarenta y ocho meses de su gobierno como Presiden- te. En todos estos cambios de ministros se repiten los mismos nombres para los distintos cargos, practicando lo que hoy se llama enroque, hecho que comprueba la dificultad de formar equipos (2).

Cuando se agotaba el período de an- gustia e incertidumbre, Ibáñez fue arro- jado del poder por el ciudadano común, víctima de la arbitrariedad política y de una economía disparatada, que, silencioso y sometido durante varios años, terminó actuando solamente con la terrible arma de la opinión pública. Es necesario re- cordar que, al caer, el Presidente contaba con el apoyo incondicional de todo el Cuerpo de Carabineros y con la adhesión casi absoluta de las Fuerzas Armadas. Pe- ro el sólo peso de los errores, en una ac- ción cantumaz, hace olvidar los éxitos y suele derrumbar a los gobiernos.

El período de "angustia e incertidum- bre" Alessandri-Ibáñez terminó en un en- frentamiento de costo social relativamen- te bajo, a pesar del odio que estimulaban líderes y periódicos, por la actuación oportuna de algunos de los principales políti- cos de la época.

La posterior institucionalización de muchas de las ideas transformadoras que se había planteado en el período, y su as- milación en nuestra histórica tradición jurídica, reforzó en el país la estructura abierta y modernizadora que ha perma- necido tan firme durante los últimos cua- renta años.

¿Está llegando a su fin esta etapa tan prolongada de transformación continua y democrática?

Nada parecía indicarlo cuando la De- mocracia Cristiana, en 1970, abrió las puertas del actual Gobierno y votó por él en el Congreso Pleno, adoptando la re- solución de mirar hacia adelante y no ha- cia atrás en la perspectiva de la historia. Los compromisos aceptados por Allende e incluso su primera intervención en el Es- tado Nacional, aludiendo a las irrenun- ciables características históricas de la evolución chilena, justificaban, ante el pueblo, la racionalidad de las decisiones tomadas.

La mayoría del país veía venir, sin duda alguna, importantes y significativos cambios. Casi todos prolongación o accele- ración de las reformas del período anterior, cambios que no serían fáciles y que, eventualmente, darían origen a otro agu- do período de "angustia e incertidumbre", más duro que los que ya dos veces —el Frente Popular y la Reforma Agraria— había conocido la generación política posterior a Ibáñez.

Esta evolución razonablemente accele- rada, que con cierta lógica se insertaba en nuestra propia historia, por la oportuni- dad de ascenso de nuevas promociones sociales, parece hoy, casi transcurrida la mitad del Gobierno, estar saliéndose dra- máticamente del cuadro de lo posible, en especial, como consecuencia de que la autoridad se va supeditando por hombres de aventura.

El proceso que hoy vivimos pudo ha- ber sido una etapa de nacionalismo po- pular avanzado —que Latinoamérica ne- cesita más que el socialismo—, capaz de darle a los marxistas un modelo y una oportunidad histórica para el Tercer Mundo, como muchos lo imaginaron y es- peraron más allá de nuestras fronteras. Sin embargo, el dogmatismo, el sectaris- mo, el desprecio por la experiencia acu- problema de la autoridad, han frustrado mulada, la improvisación económica, el aquella imagen. Y en forma tal, que no sólo han expuesto la continuidad del pro- ceso, sino que hoy se teme por la estabi- lidad del régimen institucional, por una grave crisis interna, por una derrota para